

FUENTES DE ALGUNOS MILAGROS POETICAMENTE  
MARIANIZADOS Y MUSICALIZADOS EN LAS  
"CANTIGAS DE SANTA MARIA", DE ALFONSO X  
EL SABIO, Y SU RELACION CON EL MONASTERIO  
DE S. PEDRO DE GUMIEL DE IZAN

JAIME FERREIRO

En la auténtica latina y en su traducción romance que yo publiqué en el "Boletín de la R. Acad. de la Historia" (t. 170, II y III, 1973), donde se especifican las reliquias traídas de Alemania en 1223 por don Pedro, abad del monasterio cisterciense-morimundense de Gumiel, con motivo de la misión diplomática que en ese año desempeñó por encargo de Fernando III cerca del arzobispo de Colonia Engelberto, a la sazón regente del Imperio por designación de Federico II en 1220, hay, entre otras, dos menciones a las que deseo referirme con especial interés. Una de ellas dice: "De cerca de S. Trond trajo... del paño en que fue envuelta la Hostia que se hizo carne". Y a propósito de la visita al monasterio de Altencamp (Vetus Campus), esta otra: "Del abad de Camp trajo... del licor del icono de Nuestra Señora".

Ya hemos aludido resumidamente en el artículo anterior al milagro de la hostia que se hizo carne cerca de S. Trond en 1223. Con este milagro se inicia una nueva colección de relatos maravillosos de Cesario de Heisterbach bajo el título *Libri octo miraculorum*, compuestos entre 1224-1225, es decir, a continuación del *Dialogus miraculorum* en 12 libros o distinciones. En atención a mis lectores de Gumiel de Izán voy a reproducirlo aquí íntegramente en mi traducción. Dice así:

Por la fiesta de Pentecostés, del año 1223, 11 de junio, ocurrió lo que voy a contar. En la aldea de Hasbania (hoy Hesbaye), diócesis de Lieja (Lüttich), una mujer fue en busca de un confesor y le contó una historia ciertamente extraordinaria. –Señor, empezó a decir, han transcurrido diez años desde que yo, la más mezquina y desdichada de las criaturas, me hice culpable de una acción sacrílega cometida con el cuerpo sacrosanto del Señor. Un domingo de Pascua fui a la iglesia y comulgué. Luego me dirigí a la iglesia próxima y recibí también allí la comunión. Pedro, conservando intacta la hostia en la boca, me fui adonde estaba mi amante y le besé, con la esperanza de que, con el poder del sacramento, se acrecentase su amor hacia mí. Después de cometer tal abominación quise pasar la partícula, pero por más esfuerzos que hice no me fue posible. La saqué, pues, de la boca y la envolví en tres pañitos limpios y la escondí en la ranura del muro de aquella iglesia. Cuando el sacerdote le preguntó si había ido a ver más tarde la hostia, contestó: –Sí, el año pasado fui a verla, y parece que se conserva inalterable. –Ven y muéstrame el sitio–, replicó el sacerdote. Fueron a la iglesia y, ¡oh asombro!, tan pronto como la mujer indicó el sitio donde la había escondido, le acometió tal pavor que, cubriéndose la cabeza con el manto, huyó corriendo. Pero el sacerdote, hombre de buen seso, inspirándole Dios, se fue rápidamente en busca del obispo de Livonia, que iba a consagrar una iglesia en las inmediaciones, y le refirió punto por punto todo lo que yo acabo de contar. El obispo muy espantado por lo que acababa de oír, junto con todos los sacerdotes y clérigos que habían acudido para la celebración de aquel acto, se dirigió a toda prisa al lugar señalado. Extrajo el sacramento y regresó con él a la iglesia, y lo depositó solemnemente sobre el altar. Y a continuación, en presencia de toda la clerecía, tan pronto como desdobló el primer paño aparecieron en él tres gotitas de sangre reciente. Y retrocedió aterrorizado sin atreverse a desdoblar los restantes. Pero escribió al maestro Juan, deán de Aquisgrán, y que a la sazón acababa de ser nombrado abad de San Trond, invitándole a ver el milagro por sus propios ojos, a la vez que esperaba valerse de su competencia y consejo en cosa tan delicada. El lugar apenas distaba media legua de la ciudad. El deán no se hizo esperar. Desdoblaron el segundo paño, el cual apareció como empapado de aceite. Pero al desdoblar el tercero, en el que se había puesto la hostia, se reveló el portentoso milagro que habrá de ser anunciado por los si-

glos de los siglos. Una mitad de la hostia se había transformado en carne de un color rojo vivo. Mezcla de estupor y veneración se apoderó de todos los allí presentes. Fue como si hubieran visto a Cristo corporalmente colgado de la Cruz. Mientras, como dije, esta mitad aparecía sangrante, la otra se mostraba en todo su primitivo candor. La parte ensangrentada pendía como si quisiera desprenderse del lienzo al que estaba pegada, al igual de lo que sucede cuando en las heridas se desgarran la venda impregnada de sangre endurecida.

Todos estuvieron de acuerdo en dejar la hostia adherida así como estaba al lienzo, en testimonio perenne de fe. El obispo, con muestras de gran humildad y vehemencia, rogó al maestro Juan, así como al resto de la clerecía, para que le dejaran llevar la hostia a Livonia, pues con ella esperaba avivar y reforzar la fe todavía incipiente de aquellas gentes. Se le objetó que el pueblo no lo consentiría de ningún modo. Pero se le autorizó a llevar el pañito del medio, así como dos gotas de la sangre de la primera envoltura. La tercera gota la separó el maestro Juan, junto con un trocito de tela, y la llevó a sus sagrarios para mostrarla a los fieles durante la predicación de la Cruada. Yo mismo he visto la gota cuando el maestro Juan, de quien he oído el relato, la mostró. Antes de la partida del obispo cundió por la ciudad la noticia del milagro, así como el rumor de que pretendía llevar la hostia. Y para impedirlo, bajo la escolta de sesenta hombres armados, la clerecía y el pueblo trasladaron la reliquia a la iglesia de S. Trond, donde fue recibida con el honor debido y guardada en vaso cristalino. El que no pueda dar crédito a mis palabras vaya al dicho monasterio, allí, además del testimonio de muchas personas, se convencerá por sus propios ojos de todo lo que aquí he contado, que es la pura verdad. ¡Alabado sea Dios, que sólo El hace milagros!

El abad don Pedro de Gumiel, entonces ya en Alemania, se informó, seguramente en Colonia, del estupendo milagro de S. Trond (St. Truiden), y se dirigió a la ciudad neerlandesa para participar en el traslado solemne de la reliquia a la iglesia de dicha ciudad, y, como sabemos por nuestra auténtica, mereció que se le otorgara también un trocito del paño. Este milagro, entre otros semejantes de asunto eucarístico narrados por Cesario, fue sin duda el que dio pie al poetizado en la cantiga 104, que, aunque operado en una villa llamada Caldas de Rey en Galicia, obedece a la misma motivación, practicada predominantemente por mujeres, de "facere amadoiras a

seu amigo con el Corpo de Cristo". También aquí la mujer es la barragana de un "escudeiron".

No sabemos con absoluta certeza quién era ese obispo de Livonia, pero todo induce a creer que se trata de Bernardo de Lippe (1218-1224), el cual, tras una larga estancia en Alemania, volvió a Livonia en ese mismo año de 1223. En 1185, el señor de Lippe, junto con otros nobles westfalianos, había fundado el monasterio cisterciense de Marienfeld, cerca de Warendorf, donde terminó tomando el hábito de la Orden probablemente en 1203. En 1211, llevando consigo monjes de su monasterio de Marienfeld, ingresó en el de Dünamünde, en la desembocadura del Dūna, en el golfo de Riga, donde fue abad. En 1218 fue consagrado obispo de Selonien (Livland). Su muerte se fija el 29 o 30 de abril de 1224. Cesario le cita en el *Dialogus* (X, 35): "Bernardus de Lippa, nunc episcopus in Livonia", y en los *Octo libri mirac.* (31, p. 58, ed. A. Hilka): "Varón noble, en otro tiempo Señor de Lyppe, más tarde abad de la Orden Cisterciense en Livonia, y por último obispo". La Orden le incluye entre los Beatos.

Es, pues, muy posible que nuestro abad acompañase al obispo a los países del Este recién sometidos por las Ordenes militares y misionados por los cistercienses. Por nuestra auténtica sabemos que don Pedro visitó el monasterio de Reinfeld (Purus Campus), no lejos de Lübeck. No iba a ir a un monasterio tan lejos de Colonia con el único objeto de recoger una ampollita del aceite que destilaban los huesos de Sta. Catharina. Muchos cruzados habían traído y distribuido gran cantidad por distintas iglesias y cenobios procedente de su sepulcro en el Sinaí, en el que el cuerpo de la mártir de Alejandría rebosaba de aceite. Hay, pues, que suponer que desde Lübeck continuó viaje a Danzing, al monasterio de Oliva. Quizá llevaba la misión, en su calidad de visitador de la Orden de Calatrava, de preparar el asentamiento de caballeros calatravos en el Vístula, si es que, por lo menos algunos, no fueron ya con él. En 1224 aparecen ya documentados en Tymau, cerca de Mewe, probablemente en mutua correspondencia con los teutónicos asentados en la Encomienda de Sta. María de Castellanos de la Mota, alias del Marqués, fundada por doña Beatriz de Suabia en 1222. De los calatravos en el Báltico hay noticia entre 1224 y 1230. A la vista de estos datos bien pudiera ser que la presencia de calatravos en Torun date ya de 1223. En 1231, el Gran Maestre de la Orden Teutónica Hermann de Salza recibió en Santo Domingo de Silos de la mano de Fernando III la donación

de Higuera, una avanzada a orillas del Tajo no lejos de Toledo. El profesor Zenon Nowak, de la Universidad de Torun fija hacia 1228 las posiciones de las distintas Ordenes militares en la lucha contra los prusos todavía paganos a lo largo del Vístula de este modo: los calatravos, en Pomerania -Tymau, Mewe; los teutónicos, en el Kulmerland; y la Orden de los caballeros de Cristo, en Dobrin. ¡Qué arco gigantesco de protección de fuerzas desde el Vístula hasta el Tajo! Forstreuther observó ya que los teutónicos se sirvieron en los países bálticos de la estrategia militar desarrollada por los calatravos en España.

Otra de las relevantes personalidades que el abad de Gumiel tuvo ocasión de conocer en Alemania fue Juan de Xanten. Era, según un pasaje de Cesario en el *Dialogus*, natural de Hildesheim. Su biógrafo moderno, H. Kesters, nos da de él siguiente resumen biográfico: "Juan Xantensen o Sanctius fue Escolástico de Xanten (olim Castra Vetera), luego deán de la B. Virgen María de Aquisgrán. Recorrió Alemania invitando a los naturales de este país en encendidos sermones a tomar parte en la Cruzada contra los albigenses y contra los infieles, en cuyas expediciones tomó parte (1212-1220). Fue elegido por el papa Honorio III y por el obispo Conrado de Porto para reformar la disciplina monacal en las abadías de S. Trond y de Deutz, a las que rigió, además de la de Stavelot-Malmédy". Cesario le cita muchas veces como fuente de muchos de sus milagros.

Pues bien, el maestro Juan de Xanten parece ser la primera fuente de un milagro que el Heisterbacense narra en estos términos:

Antes de estos años, cuando los católicos emprendieron la cruzada contra los albigenses, razón por la cual éstos se sentían no poco irritados, acertaron a cruzar por el país dos clérigos honorables. Uno de ellos, al pasar por delante de una iglesia devastada y profanada, le dijo al otro: -Hoy es sábado, entremos en esa iglesia y celebremos la misa en honor de Nuestra Señora. Llevaban consigo un libro de misa, el cáliz y el indumento sacerdotal. Pérfidamente de latados a los herejes, éstos, antes de terminar la misa, penetraron con mano armado en el templo, arrastraron fuera al sacerdote y le cortaron la lengua de raíz. Su compañero, con muchas fatigas, lo transportó hasta Cluny y lo confió a los monjes de aquel monasterio para que lo cuidasen. Los buenos religiosos, al ver a aquel honrado sacerdote tan cruelmente mutilado por la causa de la fe de Cristo y de su Madre, lo acogieron con cariño y le prestaron toda clase de auxilios y atencio-

nes. En la víspera de la fiesta de Epifanía, cuando las ceremonias revisten especial solemnidad, el sacerdote llamó a los fámulos dando golpes con el bastón en la pared de su celda. Al acudir a la llamada y preguntarle qué deseaba, les dio a entender por señas que lo llevarán al oratorio. Ellos, queriendo ahorrarle molestias, no accedieron a sus ruegos, pero al fin, vencidos por la insistencia con que se lo pedía, lo condujeron a la iglesia y lo colocaron delante del altar. Y con tal fervor de su mente se encomendó a la Madre de Misericordia, que ésta, llevando en la mano un trozo de carne en forma de lengua, se le apareció al que así la rogaba y le dijo: —Puesto que por la fe de mi Hijo y en mi honor fuiste privado de tu lengua, he aquí que yo te traigo otra nueva. Abre, pues, la boca. Y al hacer lo que le mandaba, la Virgen con sus propios dedos le juntó y unió aquella carne a la raíz de la lengua cortada. Acto seguido desapareció de sus ojos. Al poco rato, brotando incontenible de su boca aquella alabanza con que el ángel saludara a la Virgen, exclamó: AVE MARIA, GRATIA PLENA, y así hasta el final. Y como repitiera todavía con más fuerza esta salutación, acudieron estupefactos los fámulos, acudieron del coro los monjes, y glorificaron a Dios y a la Virgen por tan puro, tan jocundo milagro. No se olvidó el clérigo del enorme beneficio recibido, y en el mismo cenobio tomó el hábito de la Orden. Juan, Escolástico de Xanten, que a la sazón estaba en la provincia albigense con el ejército de la Cruzada, al tener noticia de tan portentoso milagro, se dirigió a Cluny, y pidió y obtuvo que le presentaran al que entretanto se había hecho monje. Este le mostró la lengua y de ella oyó lo que queda dicho. Según nos relató el propio Juan, la lengua transplantada, que es más pura y hermosa que la anterior, conserva una marca por donde había sufrido el corte. De este milagro es testigo hasta el día de hoy todo el convento cluniacense en pleno.

El milagro lo narra también, aunque de manera muy breve, Etienne de Bourbon, muerte en 1261. Pero la fuente primaria fue sin duda Cesario de Heisterbach. Por él conocemos asimismo la fuente oral: Juan de Hildesheim, abad de S. Trond en 1223, de cuya boca pudo haberlo oído igualmente el abad de Gumiel. Alfonso X, en la cantiga 156, dice: “Este es el milagro que hizo Santa María en Cluny por un clérigo que cantaba muy bien todas las preces compuestas en su honor, y los herejes lo prendieron y le tajaron la lengua”. Alfonso X se refiere también a la tradición oral: “com’oy”. Naturalmente los herejes son también aquí los albigenses de la Provenza.

La amistad entablada entre el abad de Gumiel, amigo de Fernando III, y el abad de S. Trond es, junto con la de Cesario de Heisterbach, un hecho importante para poder fijar una vía de transmisión, a la vez escrita y oral, de leyendas maravillosas, y que más tarde serían recogidas en las *Cantigas de Santa María* del rey poeta. Junto con las reliquias iban los relatos de los milagros operados por ellas. Y con estas reliquias, el abad de Gumiel habría llevado también para el rey, así como para su convento, varios ejemplares del *Dialogus miraculorum* terminado a finales de ese mismo año de 1223. Alfonso X no sólo había heredado estas colecciones miriánicas de milagros, sino que muchos de estos milagros le eran sin duda muy familiares por haberlos oído contar y cantar cuando niño.

Dejo a un lado la historia del “sacerdote alemán” que dudaba del sacramento de Dios, objeto de la cantiga 149, que bien pudiera ser un eco del episodio que narra Cesario justificativo del asentamiento de los frailes de Santo Domingo en Colonia entre 1221 y 1222, asentamiento al que no fue ajeno el fundador de la Orden, Santo Domingo de Guzmán, amigo personal del arzobispo de Colonia Engelberto.

En el contexto de vivencias infantiles de Alfonso X está también la cantiga 42, que poetiza el milagro del doncel que, deslumbrado por la belleza de una imagen de Santa María, “metió el anillo que llevaba de su prometida en el dedo de la imagen de la Virgen María, y la imagen encogió el dedo con el anillo y no lo pudo recobrar”. Un día después, cuando quiso comprobar si el anillo continuaba en el dedo de la estatua, vio con asombro que el dedo había recobrado su posesión normal, pero el anillo había desaparecido. El milagro, se nos dice, “foi en terra de Alemania”. Cuando las gentes oyeron el prodigio por boca del propio protagonista le aconsejaron que renunciara a la novia material por la espiritual y que entrara inmediatamente en la Orden Cisterciense: “que orden logo fillasse de monges de Claraval”. Esta leyenda, de tradición pagano-cristiana, recogida en la *Kaiserchronik*, compuesta en alto medio alemán hacia 1150, se hizo muy popular en el siglo XIII al convertirse en una leyenda marial: la estatua de Venus fue suplantada por la imagen de la Virgen. Y en Alfonso X, fiel a la tradición familiar, la leyenda aparece cisterciensizada y, para mayor abundamiento, localizada en tierras de Alemania. Pero la cosa no termina aquí, pues reaparece asociada a la esfera familiar del rey en la cantiga 292. Cuando don Alfonso trasladó de Burgos a Sevilla los cuerpos de don Fernando y

de doña Beatriz, mandó esculpir al maestro Jorge un monumento funerario digno de la memoria de sus padres, y en el dedo de la estatua sedente del padre mandó poner un anillo de oro con una piedra preciosa engastada. Pero don Fernando se le apareció en sueños al maestro escultor ordenándole que comunicara a su hijo el deseo imperioso de que pusiera la imagen de Santa María, y a él de rodillas a su lado, y que a ella le diese el anillo, pues de ella había recibido el reino y se tenía totalmente por su vasallo desde que fuera “cavaleir novel / na ssa eigreja de Burgos de mōesteiro reyal”. Se refiere al monasterio de Las Huelgas donde se ordenara caballero el 27 de noviembre de 1219, tres días antes de la bendición nupcial. El maestro Jorge, tras la visión, saltó del lecho, corrió a la iglesia ansioso por observar la estatua a su sabor, y no fue pequeño el susto que se llevó al ver, en compañía del tesorero que le había franqueado las puertas, que la estatua tenía el anillo fuera del dedo: “e vull’a sortella fora do dedo, onde pavor / ouve grand’a maravilla”.

Especial consideración merece igualmente la cantiga 9 sobre el prodigioso icono de Saydnaya, cerca de Damasco, una tabla pintada con la imagen de la Virgen, a la que, después de haberse transformado en carne, empezaron a crecerle los pechos, de los cuales manaba un licor de maravillosas propiedades protectoras y curativas. La leyenda, de origen bizantino, se nos ha conservado en algunos textos árabes y etíopes de cronología incierta. Las versiones latinas llegaron a Europa a finales del siglo XII o a comienzos del XIII. Fueron por los tanto los cruzados quienes, lo mismo que ocurría con el aceite salutífero de Sta. Catharina, difundieron el milagro, al paso que distribuían por entidades religiosas y oratorios la exudación del icono. En España, por la escasa o nula participación en las cruzadas a Tierra Santa, el milagro no gozó de la popularidad que tuvo en Francia o en Alemania. Por esta razón se supuso su recepción en las *Cantigas de Santa María* a través de la narración versificada por Gautier de Coinci. El poeta francés aduce como fuente de su relato el testimonio de un ciudadano de Soissons, que viera por sus propios ojos la imagen de Saydnaya e hiciera donación del licor milagroso al monasterio de Saint Médard, y el de los templarios, que también la habían visto y traído del mismo licor para sus conventos. Y precisa incluso que la donación hecha por “li bons borjois” en Saint Médard había ocurrido no hacía más de tres años. Pero declara también, como era lo normal, que sus fuentes escritas eran lati-

nas, las mismas por lo tanto que pudo utilizar Alfonso X para la poetización de la leyenda. Hay por lo demás en la versión de Gautier un pasaje que permite fijar un "terminus a quo" indiscutible: es la alusión al "sage Phelipe, / qui fu uns des bons rois de France". Este rey no pudo ser otro que Felipe II Augusto, fallecido el 14 de julio de 1223. El poema que contiene el milagro hay que datarlo, pues, a partir de esa fecha, probablemente aún algunos años más tarde. Ahora bien, en ese mismo año de 1223, como ya queda indicado, el abad de Gumiel obtenía para su monasterio del abad morimundense de Al-tencamp, la fundación más antigua del Cister en Alemania y de proyección decidida hacia los territorios bálticos, "de liquore ycone Domine nostre". Con esta reliquia, como era lo usual, fue la leyenda en su redacción latina. La existencia en Castilla del licor del icono de Nuestra Señora está bien documentada, y Alfonso X no necesitó acudir a una fuente foránea escrita en francés para versificar el milagro. Pero podemos añadir aquí el contacto personal que el abad de Gumiel tuvo durante su estancia en Alemania con dos escritores que hablan de la leyenda como de cosa bien conocida. Cesario de Heisterbach, entonces prior y maestro de novicios, en el *Dialogus*, que estaba a punto de cerrar, pero que todavía pudo incluir la noticia de un foco de catarros en España suministrada por el abad de Gumiel, dice: "Considera el icono de la Virgen de Sardenay, que convertido en carne, no cesa de destilar aceite. De este milagro son incontables los testigos, los caudales en llegando de aquel país, el aceite que delante de sus propios ojos fuera recogido, al punto lo distribuyeron entre nosotros los cistercienses y entre otros religiosos de otras Ordenes". Y el escolástico Olivero, a la sazón en Colonia y probable redactor de la auténtica de las reliquias que el arzobispo Engelberto otorgó al abad de Gumiel, pero que anteriormente había participado en 1219 al frente de los cruzados frisonos en el asedio y efímera conquista de Damietta, donde escribió la *Historia Diamatina*, en una carta dirigida al Sultán de Babilonia datada el 21 de septiembre de 1221, le recuerda el hecho innegable del "icono de la Virgen bienaventurada en el casal de Sardenai, junto a Damasco, del que mana abundante aceite, milagro que los propios mahometanos no pueden negar, y por eso no se atreven a morar con los que allí dan culto a Cristo".